

JAVIER DE BENGOCHEA

Bilbaino y jovencísimo, Javier de Bengoechea empezó a escribir bellos poemas impregnados de una sutil intuición de los misterios de todas las cosas. Hoy, joven todavía, pero ya doblado el cabo del primer cuarto de siglo, empieza a publicarlos y ordenarlos, sin dejar de producir en la segura y segunda primavera de su madurez incipiente.

POEMAS VARIOS

SONETO

¿Fué cuando fué la rosa un absoluto perfume y nada más, que se evapora, cuando a la triste flor de cada hora le arrancaba la espina del minuto?...

...¿O fué cuando el clavel más disoluto decidió no acostarse con la aurora, y se fué, por la flor más seductora, a encargarse un olor de medio luto?...

Fué... Exactamente, yo no lo diría. Mas sí, que dió el clavel su sangre buena para la transfusión de su alegría.

Y entonces fué el olvido de la pena: fué en los jardines de mi te quería, cuando la enfermedad de tu azucena.

ESA SIEN

Esa sien, transparente y huidiza,
tan cercana a mi fuego, piel tan leve
donde yá el pensamiento se hace nieve
de un rubor enfriado que agoniza...

Esa sien donde el sueño se desliza
sospechando un azar que se lo lleve...
Donde un nardo encerrado se conmueve...
Donde el pálido pulso se suaviza.

Esa sien predilecta que yo siento
—prodigio de cristal y nieve fría—
renovar sus latidos contra el viento...

Esa sien predilecta que es la mía,
donde sueña —¿con quién?— tu pensamiento.
Donde un beso de amor te mataría.

ANTE EL RETRATO PENSATIVO QUE ME HIZO

MARIA TERESA AGUIRRE

Este retrato mío, tan completo,
y tan triste por mí, tan pensativo
como ante una nostalgia sin motivo
que sin motivo se elevó a soneto.

Este retrato tuyo, este secreto,
con la mentira de mi aspecto esquivo,
porque temo quedar en él cautivo
y para siempre a su verdad sujeto.

No me hagas como soy, amiga mía.
Déjame esta apariencia, esta figura
de carne, de verdad y de alegría.

Y olvidemos los dos esa amargura
del hombre aquel que yo no conocía
cuando tú te asomaste a mi pintura.

MUERTO DE AMOR

(Epitafio de un morir
que yo soñé).

Dos perfiles, son dos, en el inerte
yacer del afilado caballero,
pero un solo perfil, el verdadero,
haciendo la moneda de su muerte.

Moneda del vivir, —azar y suerte—
que jugó su caer loco y austero,
porque ahí está el amante más sincero
aguardando un amor que lo despierte.

Ya en línea y trazos fieles se resume
su enérgico morir, tan delicado,
de amante que en olvidos se consume.

Qué fragancia de besos que no ha dado.
Oh valeroso y único perfume.
Oh el morir en olor de enamorado.

MARINA POSTUMA

Yo sueño, junto al mar, con ese viaje
fantástico y lejano nunca hecho.
Pirata de aventuras bajo techo
sin cicatriz de amor y sin tatuaje.

Por tanto preparar el equipaje,
no partí nunca. Y ahora, insatisfecho,
me escriben mis poemas desde el pecho
que el alma es un problema de paisaje.

Debí saberlo a tiempo, porque ahora,
del nombre de mi arcángel preferido,
alguna ajena nave es portadora.

...La mía, en los museos del olvido,
es un sueño de ayer que condecora
al rubio capitán que yo no he sido.

PIE PARA EL RETRATO DE LA NIÑA RUBIA

(...que estaba con una
sombrilla).

I

...Si la niña está a la sombra...
Si la sombra le rodea,
puede ser que se la vea
con unas flores de alfombra.
Tan rubia como es, asombra
distinguir la por ahí.
¿Dónde está la niña, di,
porque mi asombro la niña?
—Como es tan rubia la niña,
se fué al sol y la perdí—.

II

...Pero si tiene en su mano...
Pero si tiene, y abierta,
esa sombrilla en alerta
para esquivar al verano...
Si en ese muro tan vano
la luz se queda indecisa...
—Mirad, pájaros, qué risa:
como si fuera un farol,
le está haciendo un truco al sol
el pañuelo de la brisa—.

III

...Y al ser mujer la chiquilla...
Al ser mujer —ay qué pena—
¿se habrá perdido la nena
con pelo de manzanilla?...
—Esa cosa tan sencilla
se hará tan vuelta al revés
y difícil, que después,
ya no sabrás entenderla:
sólo podrás conocerla
si, puesta al sol, no la ves.

LA LUNA

Moneda del azar, o afortunada
ruleta que jamás se ha detenido.
Luna redonda y alta que ha esparcido
de estrellas sin valor la madrugada.

Amarilla y fatal, luna injertada
en el limón amargo del olvido,
mis labios de amador te han exprimido
para beber tu leche plateada.

¿Qué hay tras de ti? ¿Qué cielo navegable
se extiende tras tu luz, alto y desnudo?
¿Qué paraíso abierto y deseable?...

¡Oh qué punto final rotundo y mudo!
¡Oh redonda defensa invulnerable
de un arcángel tapado con su escudo!

LA VELETA

Saeta tú, que nadie ha disparado,
amarrada a la torre del destino.
Giradora en el aire cristalino,
te aburre la rutina del tejado.

Flecha que hiere al viento en su costado,
tu dedo horizontal, tu dedo fino,
señala con su punta ese camino
para clavar un pecho enamorado.

Ni te entienden, ni nadie te socorre.
Tú, clavada en un punto, loca y quieta,
mientras el viento libre corre y corre.

Así mi vida, como tú, sujeta
en una inmóvil pesadez de torre,
su vocación inútil de saeta.

SONETO MUY DECADENTE

Yo me miro esta mano con que escribo,
y adopto la postura conveniente
de deshojar un verso decadente
en mi oculto jardín de sensitivo.

...Más allá de mi yo definitivo;
alejado también del transcendente
meditar en la nada de mi frente:
en mi casualidad de pensativo.

Sin odio y sin amor, sin más congoja
que el sentir que mi vida enamorada
es un lazo apretado que se afloja...

Y, no querría nada, nada, nada,
si pudiera escribir con tinta roja:
mi mano es una flor decapitada.

CANCION CASI SIN MUSICA

¿Eres feliz? Tú ya estás:
ya tienes objeto y sitio.

—Yo, paso cerca, y me voy:
el sueño tiene caminos—.

Tú exhibes, alta y esbelta,
tu seguridad de lirio.

—Yo soy el viento que pasa
rozando tu tallo fino—.

¿Eres feliz? ¿O tú sueñas
con el viento y el camino?...

—Mi sueño es ese del viento
que nunca puede ser lirio—.

DOS CANCIONES AMARILLAS

1.^a

Quisiera que tú
me miraras sonriendo

—Si tú fueras niña,
y yo un parque viejo...—

El otoño me hace dulce
el camino de mi pecho

—Ay, qué amarillos
mis besos...—

Mi corazón es una hoja
caída en el suelo

—Ay, amor: mi amor ya está
al alcance de tu sueño—

Mi vida es una íntima
plazoleta de recuerdos

—quisiera que tú
estuvieras dentro—

Quisiera que los pájaros
picaran mis besos,
como una fruta madura,
con sus picos tiernos.

Quisiera que yo
estuviera muerto,
con el otoño clavado
en la mitad de mi pecho.

Ay, mi corazón antiguo,
como un paisaje desierto...
Ay, cómo crecen en él
mis árboles pensamientos...

Para ir hasta ti,
cuántas sendas de silencio,
y cuánta prisa perdida
por los enormes senderos...

Y sobre todo el otoño,
y los amarillos besos,
y mi corazón,
cada vez más viejo...

...Mi corazón, árbol
yerto,
y en torno a él, apretado,
el musgo de los recuerdos.

